

PRINCIPALES TEORÍAS SOBRE EL CONFLICTO SOCIAL

PEDRO-LUIS LORENZO CADARSO

El conflicto social ha generado un abundante número de reflexiones teóricas, fundamentalmente desde el campo de la sociología¹. Dichas reflexiones han tomado a la revolución, el conflicto social por excelencia, como principal referencia y ello ha condicionado notablemente sus posicionamientos, no sólo a nivel intelectual, sino también en términos políticos.

Por otro lado, no es fácil explicar las teorías del conflicto: las distintas *escuelas*, por llamarlas de algún modo, han evolucionado sus posiciones notablemente y en la práctica investigadora se detecta con frecuencia un acusado eclecticismo. Entiéndase pues que la explicación que sigue es, *stricto sensu*, una simplificación sin otro objeto que facilitar en términos didácticos un primer acercamiento teórico al fenómeno de las luchas sociales².

En términos genéricos, una teoría del conflicto social difícilmente será *autónoma*, lo normal es que forme parte de una concepción global de la realidad social y de su funcionamiento. De ahí que se pueda hablar de dos grandes concepciones del orden social, las cuales condicionan la interpretación de los conflictos sociales:

- a.- *Teorías consensualistas*: La organización de cualquier sistema social tiende a la autocompensación entre los actores y las fuerzas que articulan su estructura y su funcionamiento. Los conflictos sociales son pues situaciones anómalas, fruto de una alteración en el discurso normal de la vida social, de manera que tenderán a ser explicados en términos espasmódicos.
- b.- *Teorías conflictivistas*: La sociedad encierra dentro de sí una serie de contradicciones y objetivos colectivos contrapuestos que provocan confrontación de intereses. Por esta razón, el conflicto es inherente a cualquier dinámica social, es un *imperativo estructural* y un motor del cambio social.

¹ Recomiendo, para una primera ampliación sobre este tema, tres obras: COHAN, A. S.: *Introducción a las teorías de la revolución*, Madrid, 1977; REX, J.: *El conflicto social*, Madrid, 1985; AYA, R.: "Reconsideración de las teorías de la revolución", en *Zona Abierta*, n.º 36-37, 1985, pp. 27-53; y GINER, S.: *Sociología*, Barcelona, 1988, pp. 195-233; PÉREZ LEDESMA, M.: "Cuando lleguen los días de cólera. Movimientos sociales, teoría e historia", en *Zona Abierta*, 69, 1994; y ÁLVAREZ JUNCO, J.: "Aportaciones recientes de las ciencias sociales al estudio de los movimientos sociales", en BARROS, C.: *Historia a debate*, Santiago de Compostela, 1991, T. III.

² Este artículo resume un capítulo de mi obra *Fundamentos teóricos del conflicto social* que editará SIGLO XXI DE ESPAÑA en breve.

1. EL MARXISMO

El marxismo ha sido probablemente la corriente intelectual que más ha contribuido a la interpretación contemporánea del conflicto social, tanto por sus aportaciones teóricas y en la práctica investigadora como por la reacción incentivadora que ha provocado en otros ámbitos ideológicos o metodológicos. No se trata sólo, además, de las novedades conceptuales que aportó y sigue aportando, sino de su papel capital en la adopción de actitudes mentales diferentes hacia este tipo de fenómenos, caracterizadas por su valoración como factores de cambio social creativo y por la consideración de la rebeldía popular como algo más que protestas ante las injusticias o respuestas desesperadas ante situaciones extraordinarias³.

En cualquier caso, hablar de marxismo es referirse a una teoría que no ha dejado de evolucionar desde la obra de Marx hasta el momento presente. No es fácil unificar el pensamiento sobre el conflicto social y la revolución de corrientes marxistas tan diferenciadas como la obra de Gramsci⁴, el marxismo soviético, el estructuralismo de Althusser⁵, los marxistas franceses del círculo de Annales, las últimas corrientes del marxismo británico⁶, la fusión entre marxismo y funcionalismo⁷ o el llamado *posmarxismo*⁸, entre otras. Pese a lo dicho, y asumiendo el riesgo de la superficialidad y la parcialidad, vamos a tratar de reconstruir la interpretación marxista del conflicto social, limitándonos a reseñar aquellos conceptos que más la identifican⁹.

1.1. LAS CAUSAS DEL CONFLICTO SOCIAL

El punto de partida intelectual de la concepción marxista de los movimientos sociales está en una interpretación de los sistemas en clave conflictiva: *La historia de todas las sociedades habidas hasta hoy ha sido la historia de la lucha de clases*¹⁰. El conflicto es pues inherente a todo sistema social, algo así como un imperativo estructural mientras que la sociedad siga articulándose de manera clasista.

Concretando más, las tensiones sociales tienen dos orígenes que se complementan, uno de orden social —la actitud de las clases antagónicas en cada sociedad— y otro de tipo socioeconómico —la interacción entre fuerzas productivas y relaciones de producción—. El primero de ellos tiene, obviamente, dos —o más— actores: la clase que ejerce como grupo dirigente en términos políticos y económicos, y la clase sometida, pero con aspiraciones a dejar de serlo. La actitud de los grupos dirigentes, dirá Marx, es siempre esencialmente conservadora, manteniendo una actitud hostil hacia la innovación y procurándose mecanismos que permitan su cierre social y su autorreproducción como clase dominante.

Por otro lado, a un nivel socioeconómico se habla de la existencia de *contradicciones*, tanto por los *intereses de clase* como por la dicotomía que puede producirse entre la división social del trabajo y la riqueza y el estadio de desarrollo de las fuerzas productivas.

³ Una visión crítica de las aportaciones recientes del marxismo al estudio de los movimientos sociales desde los años 60 (aunque se admite la importancia de esta interpretación en periodos anteriores) puede verse en ÁLVAREZ JUNCO, J.: "Aportaciones recientes de las ciencias sociales al estudio de los movimientos sociales", en BARROS, C. (ed.): *Historia a debate*, Santiago de Compostela, 1995, pp. 98-101.

⁴ Véanse especialmente sus *Cartas desde la cárcel*, Madrid, 1975.

⁵ Véase una síntesis clásica en HARNECKER, M.: *Los conceptos fundamentales del Materialismo histórico*, Ed. Siglo XXI.

⁶ Véase KAYE, H. J.: *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza, 1989.

⁷ Un ejemplo clásico es WALLERSTEIN, I.: *El moderno sistema mundial*, Madrid, 1979.

⁸ Véase CAÍNZOS LÓPEZ, M. A.: "Clase, acción y estructura: de E.P. Thompson al posmarxismo", en *Zona Abierta*, 50, 1989, pp. 1-69.

⁹ Un excelente trabajo, con temática más amplia que el marxismo, es GINER, S.: *Historia del pensamiento social*, Barcelona, 1975.

¹⁰ MARX, K. y ENGELS, F.: *El Manifiesto del Partido Comunista*, Madrid, ed. de Alhambra, 1985, p. 45.

De todo lo dicho se deduce que, para el marxismo tradicional, el conflicto social –y la revolución– han de ser interpretados en términos de *imperativo estructural, con un origen fundamentalmente socioeconómico*.

1.2. CLASES Y LUCHA DE CLASES

Cuando los marxistas encaran el análisis de un movimiento social lo hacen valiéndose de una serie de conceptos que, tras las continuas mutaciones que han sufrido en el último siglo y medio, hoy resultan relativamente confusos, si bien caracterizan plenamente esta corriente historiográfica. Un de ellos es, sin duda, el de *clase social*. Una clase social es uno de los sectores en que queda dividida la sociedad según el estadio en que se encuentren las *relaciones de producción* existentes. Aunque se acepta la existencia de más de dos, la explicación se hace en torno al concepto de *clases antagónicas*, una dominante y otra sometida o, en periodos revolucionarios o prerrevolucionarios, una *clase ascendente* que pretende sustituir a la dominante¹¹. En última instancia, como señalan Fox y Genovese:

“La historia, cuando trasciende a la crónica, al romance y a la ideología –incluyendo versiones de izquierda– es principalmente el relato de quién domina, a quién y cómo”¹².

El marxismo tradicional entendía que las clases sociales eran generadas, de forma más o menos automática, por la base económica de cada *modo de producción*. En la actualidad, tras los trabajos del nuevo marxismo inglés, y en especial de E.P. Thompson, se tiende a exponer una concepción *dinámica* de las clases sociales, es decir, que éstas se construyen, partiendo de unas determinadas condiciones socioeconómicas, a través de sus propias experiencias históricas y proyectos compartidos.

También en el marxismo tradicional se exigía para poder hablar de clase y de lucha de clases la existencia dentro del grupo de la llamada *conciencia de clase*, es decir, no sólo el auto-reconocimiento como grupo, sino disponer de un contraproyecto social revolucionario –entendido éste en términos marxistas–. Los primeros debates entre *ideología en sí* e *ideología para sí* de Lenin y Rosa Luxemburg esbozaron el camino¹³, pero han sido nuevamente los marxistas británicos, léase por ejemplo a G. Rude¹⁴, quienes plantearon conceptualizaciones más laxas y, por tanto, aplicables a movimientos sociales no protagonizados por el proletariado militante contemporáneo.

Por otro lado, el viejo concepto de *clase-masa*, apenas analizado, ha dado paso una categorización interna de los grupos sociales en pugna, acuñándose conceptos como el de *proletariado militante* o *aristocracia obrera*, vinculándolos con la orientación de los movimientos clasistas.

Aunque los conceptos se hayan vuelto más eclécticos, el marxismo sigue no sólo distinguiendo, sino también jerarquizando los conflictos sociales en relación con el papel que se les asigne en su concepción de la evolución de la sociedad a largo plazo. Según esto, distinguirán entre conflictos no clasistas, conflictos clasistas y lucha de clases revolucionaria.

¹¹ Un breve repaso al concepto de *lucha de clases* en FOX, E. y GENOVESE, E.: “La lucha de clases como objeto y como sujeto”, en *Historia Social*, n.º 1, 1988, pp. 77-110. Un recorrido más amplio en GURVITCH, G.: *Teoría de las clases sociales*, Madrid, 1971; GANDY, R., *Introducción a la sociología histórica marxista*, Méjico, 1978; y LAPASSADE, G. y LOURAU, R.: *Las claves de la sociología*, Barcelona, 1973, pp. 81-132.

¹² Art. cit., p. 110.

¹³ Véase, por ejemplo, BASSO, L.: *El pensamiento político de Rosa Luxemburg*, Barcelona, 1976.

¹⁴ RUDE, G.: *Revolución popular y conciencia de clase*, Barcelona, 1981. También THOMPSON, E. P.: “Algunas observaciones sobre clase y “falsa conciencia”, en *Historia Social*, n.º 10, 1991, pp. 27-32; *ibid.* “Patrician Society, Plebeian Culture”, en *Journal of Social History*, 7, 1973-74, pp. 382-405.

Una importante aportación del marxismo, que sirvió para desterrar tópicos y actitudes filo-pauperistas, es la idea de que los movimientos sociales no son simples reacciones contra la injusticia, sino que, trascendiéndola, existe lo que llaman *intereses de clase*. Intereses, por supuesto, que no son patrimonio exclusivo de las clases dominantes, sino que están presentes también en sus enemigos. Son el fundamento objetivable de los programas de acción y de las ideologías, lo cual presuponía una reinterpretación en clave materialista de este tipo de fenómenos sociales.

1.3. LA MOVILIZACIÓN

Marx presentó su trabajo como una *guía para la acción*, algo plenamente coherente con una ideología revolucionaria como el socialismo. Sin embargo, Marx y Engels apenas profundizaron teóricamente en el concepto *movilización*, es decir, en la forma en que el proletariado había de organizarse y diseñar estratégicamente su actuación político-social. Para Marx sería la propia evolución previsible del sistema capitalista la que ofrecería al proletariado los recursos sociales precisos.

Lenin sería, a comienzos de siglo, el encargado de conceptualizar una de las grandes aportaciones del marxismo al estudio –y a la práctica– de los movimientos sociales: la estrategia de la *vanguardia revolucionaria* o élite dirigente de activistas comprometidos y profesionalizados que se encargarían de señalar el camino en términos estratégicos –Partido centralizado– e ideológicos –indicando en qué había de concretarse la conciencia de clase proletaria–, ello convertiría a la organización y a la estrategia de acción en los ejes centrales de cara a articular el proceso revolucionario.

Los recientes estudios sobre movimientos sociales han venido a corroborar, desde ópticas alejadas del marxismo, lo acertado de los planteamientos de Lenin: la importancia de las élites dirigentes del movimiento, que se proponen como las únicas capaces de actuar con objetivos y criterios no maximalistas¹⁵, y la eficacia de cara al éxito de un movimiento que aporta la existencia de cuadros profesionalizados que asuman el grueso de la responsabilidad de la movilización¹⁶.

Tras el fracaso de la extensión a Europa Occidental de la revolución soviética, se hizo necesaria una nueva reflexión teórica en el marxismo y sería A. Gramsci su más destacado representante. La importancia de Gramsci en la evolución de la teoría marxista estuvo en que trasladó el eje central del proceso revolucionario desde la estructura económica y la organización hasta el mundo de la cultura y la interacción política institucional.

El futuro del socialismo no vendría ya predeterminado por la evolución del capitalismo ni podría ser construido por ninguna vanguardia revolucionaria, sino que estaría en la interacción política con las autoridades y en la acción divulgadora entre el proletariado de la élite cultural marxista. Estas tesis impregnaron el pensamiento izquierdista de postguerra y la evolución política de los partidos comunistas occidentales, preparando el camino para interpretaciones del conflicto basadas en la interacción política y los marcos culturales, que ya serían desarrolladas por investigadores ajenos al marxismo.

El siguiente paso adelante vendría de la mano del marxismo inglés, fundamentalmente de E.P. Thompson y E. J. Hobsbawm. En sus estudios sobre la clase obrera británica, la tesis central será que la movilización obrera –sus organizaciones, sus ideas, sus objetivos tácticos, etc.– fue fruto de las propias experiencias sociales compartidas por el colectivo: sus tradiciones, sus formas de sociabilidad, las organizaciones ajenas al movimiento, pero que interactúan con él, la

¹⁵ Esta es una de las tesis centrales de la teoría racionalista de OLSON, M.: *The Logic of Collective Action*, Cambridge, 1965.

¹⁶ Esta ha sido una de las conclusiones más interesantes de la llamada *teoría de la movilización de recursos*. Véase MCCARTHY, J. D. y ZALD, M. N.: *Profesionalization and Resource Mobilization*, Morristown, 1973.

propia dinámica política nacional, etc. Estas tesis abrieron el camino no sólo a la renovación del concepto marxista del conflicto social y de la ideología, sino también propició interesantes innovaciones en la historiografía no marxista sobre el tema, sobre todo en lo referido a la llamada *teoría de la identidad colectiva*, que veremos luego.

2. EL FUNCIONALISMO

El funcionalismo ha jugado un papel capital en la conformación del aparato conceptual de la sociología y la antropología actuales, de tal manera que resulta sorprendente el desdén con que una buena parte de la comunidad historiográfica ha recibido sus aportaciones al estudio de la sociedad en general y de los movimientos sociales en particular.

En cualquier caso, no es tan sencillo como podría pensarse explicar cuál es la concepción del sistema social que defiende el funcionalismo¹⁷. Esto se debe a que las diferencias entre los autores considerados *funcionalistas* son realmente importantes, amén de que la escuela ha sufrido una evolución muy intensa, desde el *funcionalismo organicista* de Malinowski hasta el *sistematismo* de T. Parsons o las derivaciones *estructuralistas* francesas de Althusser¹⁸ o del *funcionalismo relativista* de R. K. Merton¹⁹, por ejemplo. A las diferencias conceptuales se le añaden además las de orientación política. Con estas precauciones vamos a exponer las tesis del funcionalismo clásico o *absoluto*, como a menudo se le denomina.

Para el funcionalismo la sociedad es una estructura integrada en la que toda institución —entendido este concepto en su acepción sociológica— existe porque satisface una necesidad social²⁰. El sistema social nace con unos objetivos claros, absolutamente pragmáticos o utilitarios, concretados, de ahí el nombre de la escuela, en *funciones*:

- a.- La adaptación al entorno
- b.- El logro de las metas
- c.- La conservación de sus pautas de operación interna
- d.- Mantenerse integrado

Cada una de esas funciones genera una serie de instituciones (desde el Estado, que sería la más amplia, a la familia, que sería la más pequeña): el logro de las metas las entidades políticas; la adaptación las económicas; la integración las legales; y la conservación de pautas las educacionales. Alrededor de cada una de estas funciones se gestan también los *roles* individuales y grupales.

Los conceptos básicos en torno a los cuales girará todo el discurso funcionalista serían, por tanto:

¹⁷ Una ampliación de lo que aquí vamos a explicar puede encontrarse en LUCAS MARÍN, A.: *Fundamentos de teoría sociológica*, Madrid, 1986, pp. 155-167; y en MARSAL, J. F.: *La sociología*, Barcelona, 1973, pp. 69-121.

¹⁸ Una crítica al marxismo estructuralista de Althusser en THOMPSON, E. P.: *Miseria de la teoría*, Barcelona, 1981.

¹⁹ Vid., MERTON, R. K.: *Teoría y estructuras sociales*, Méjico, 1964.

²⁰ Evidentemente, este es uno de los temas que fueron más debatidos dentro de la escuela. Es evidente que existen actitudes, comportamientos e ideas que no favorecen el funcionamiento del sistema social, bien porque le resultan perjudiciales, bien porque ignoran o combaten sus normas. ¿Cómo interpretar estas situaciones? Una primera respuesta fue la criminalización de esos comportamientos, calificándolos (T. Parsons) como *perversos sociológicos*. Más adelante, el funcionalismo *relativista* (Merton) propuso la distinción entre *funciones manifiestas* y *funciones latentes*, en el sentido de que no todas las estructuras sociales cumplen las funciones que afirman cumplir, sino otras; del mismo modo, determinadas estructuras son funcionales para un sistema y disfuncionales para otro, es decir, son *eufuncionales* para determinado grupo social (la ley del silencio en la Mafia, pongamos por caso) y disfuncionales para otros grupos (la legalidad estatal en ese mismo caso).

- a.- *Sistema social*, definible como una pluralidad de actores individuales que interactúan entre sí buscando una gratificación en términos utilitarios. El resultado sería un equilibrio armonioso y dinámico, *comunicado y autocompensado*.
- b.- *Estructura*, que sería la dimensión estática del sistema social. Se conformaría en torno a las pautas organizativas que aportan coherencia al sistema: normas y valores, con el Estado como máximo representante.
- c.- *Función*, que sería el aspecto dinámico del sistema, relacionado directamente con el ámbito de la acción social. Las funciones se desarrollarían bajo tres grandes condiciones:
 - 1.- *Paradigma funcional principal*: las funciones latentes de una institución o conducta explican la existencia de esa institución o conducta.
 - 2.- *Paradigma funcional fuerte*: Todas las instituciones o modelos de conducta tienen una función que explica su presencia.
 - 3.- *Paradigma funcional débil*: Una institución o conducta tienen consecuencias que: a) son beneficiosas para la estructura del sistema social dominante, b) no son buscadas por sus actores y c) no son reconocidas por los beneficiarios como debidas a esa conducta.

De lo dicho se desprende un funcionamiento de la sociedad basado en tres grandes principios teóricos:

- a.- *Unidad funcional*: la armonía en el funcionamiento del sistema social, la ausencia de conflictos insolubles y una tendencia general a la adopción de actitudes favorables al consenso.
- b.- *Indispensabilidad*: toda costumbre, objeto material, idea o creencia desempeña algún papel indispensable para el conjunto de la sociedad y para el funcionamiento del sistema.
- c.- *Sistema normativo*: La organización social sobrevive porque los actores –individuos o grupos– comparten orientaciones cognitivas y un conjunto articulado de fines y valores²¹.

Partiendo de estas premisas teóricas, es evidente que el funcionalismo habrá de tener una percepción del fenómeno del conflicto social caracterizada por su minusvaloración científica e incluso su criminalización ética. Con frecuencia, además, esta actitud intelectual se verá reforzada por la orientación política ultraconservadora de buena parte de los sociólogos americanos que construyeron inicialmente el aparato conceptual que hemos explicado²².

Para uno de los fundadores de la sociología funcionalista, T. Parsons, que consideraba al orden como fundamento de su concepto de sistema social, toda disensión o conflicto era una traición a los intereses colectivos o, cuando menos, un serio peligro para ellos. Sin embargo, pese a que con su explicación del sistema social eran casi ininteligibles, los conflictos existían y, además, era notorio que sus resultados no solían presentar rasgos tan graves y calamitosos. Por eso Parsons hablaba de *malentendidos* con respecto a los planes de acción de los actores sociales o bien de *desviaciones* con respecto al modelo normativo que, siendo aceptado como referente por todos, no siempre era aplicado correctamente, produciéndose casos de interpretación egoísta.

²¹ Una reflexión sobre este asunto en JULIA, S.: "Cuestiones de teoría", en *Zona Abierta*, n.º 33, 1984, pp. 147-162. Puede ampliarse en la obra del mismo autor *Historia social/sociología histórica*, Madrid, 1989.

²² Aplicaciones especialmente conservadoras del funcionalismo al estudio de los movimientos sociales son JOHN-SON, Ch.: *Revolutionary Change*, Boston, 1966; y, más sosegado, SMELSER, N. J.: *Theory of Collective Behavior*, Nueva York, 1962.

Fue el *funcionalismo relativista* de Merton el que conceptualizó con mayor rigor el fenómeno del conflicto hasta hacerlo encajar, de algún modo, en la interpretación funcionalista del sistema social. Introdujo, en primer lugar, el concepto de *funciones latentes*, que no eran ni manifestadas ni conocidas por los actores sociales, pero que pese a ello contribuían al correcto funcionamiento del sistema. Merton ponía el ejemplo de la corrupción electoral del siglo XIX, consistente en la venta de sus votos por los inmigrantes pobres a los caciques norteamericanos. Era, evidentemente, una *disfunción* grave, puesto que alteraba en lo más esencial el aparato normativo y ético del sistema político, sin embargo, según Merton, a nivel *latente* permitía a los inmigrantes participar en el sistema político sin que ello generase tensiones ni alteraciones en la sociedad americana: era, por tanto, beneficioso para el mantenimiento del orden político y social, para la estabilidad del sistema.

Los conflictos eran pues *disfunciones*, confrontaciones entre fines, pero por regla general distintos de las *afunciones*, actitudes externas al sistema social y, por tanto, enemigas del mismo.

A partir de los años cincuenta el panorama teórico comenzó a cambiar, abriéndose paso interpretaciones más soscadas del fenómeno del conflicto. Se empezó a valorar las disensiones y los conflictos como procesos de *acción social* que contribuían a la estabilidad y perdurabilidad de los sistemas sociales, hablándose a partir de entonces de las *funciones del conflicto social*²³.

En primer lugar, refuerzan, aunque resulte paradójico, el aparato normativo de los sistemas sociales, fortaleciendo las normas preexistentes y haciendo nacer otras nuevas que adecúan su funcionamiento a las aspiraciones de los actores sociales y readaptan el sistema a los cambios de su contexto. La estructura normativa, por medio de la negociación y el consenso –actitudes previsoras en cualquier caso de la radicalización de la protesta social–, da estabilidad al sistema social, conduciéndolo por la senda del reformismo, el mejor antídoto contra la revolución²⁴.

En segundo lugar, las disensiones refuerzan los *lazos sociales sistemáticos*: los llamados *conflictos transversales* hacen que individuos o grupos conflictivos en un campo determinado, deban asumir e interiorizar el papel de defensores del orden en otros. De este modo los conflictos se autoanulan y se restringe su extensión social y su radicalización, evitándose la aparición de contraproyectos sociales revolucionarios.

Por último, suponen una mejor adaptación del individuo al *status quo*, al actuar como desfogues psicológicos individuales, concepto en cuyo desarrollo jugaría también un papel central el éxito de la psicología conductista.

Probablemente, la mayor aportación del funcionalismo al estudio de los movimientos sociales, o al menos la que mayor permanencia ha demostrado, ha sido la aplicación de la llamada *teoría de juegos*, que se fundamenta en un método de análisis sociológico conocido como *individualismo metodológico*²⁵. Desarrollada ya por Talcott Parsons, se basa en la explicación de la dinámica de todo enfrentamiento según tres principios: *comunicación-incomunicación*, *provocación-respuesta* y *satisfacción-frustración de expectativas* entre los actores del enfrentamiento (*alter* y *ego* en la terminología de Parsons).

²³ Véase COSER L., *The Functions of Conflict*, Nueva York, 1956..

²⁴ Las más recientes investigaciones sobre la oleada de movimientos sociales que se vivieron en Europa y Estados Unidos en los años 60 y 70, que en su momento fueron interpretadas por muchos como la antesala de un gran proceso revolucionario han venido a confirmar algunas previsiones del funcionalismo. Destacan dos conclusiones: la estabilidad depende de dos procesos sólo en apariencia contradictorios: la capacidad del Estado para admitir reformas y, llegado el caso, su capacidad para desarrollar políticas pese a existir una fuerte oposición. Véase MCADAM, D.: "Oportunidades políticas: Orígenes terminológicos, problemas actuales y futuras líneas de investigación", en *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, 1999, pp. 54-55.

²⁵ Vid. ELSTER, J.: "Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos. Un alegato en favor del individualismo metodológico", en *Zona abierta*, n.º 33, 1984, pp. 21-63.

3. LAS TEORÍAS VOLCÁNICAS

La utilización del plural no es casual, en realidad, el término de *teorías volcánicas* –que yo tomo prestado de Rod Aya– agrupa un conjunto heterogéneo de explicaciones del conflicto que tienen en común considerarlo como el punto culminante de una *escalada de tensión* provocada por procesos de tipo socioeconómico, político o incluso psicológico.

Debe tenerse en cuenta que estas teorías, al revés que el marxismo o el funcionalismo, a priori no pretenden imbricar al conflicto en explicaciones globalizadas acerca del sistema social o sus procesos de cambio. Son pues *teorías del conflicto* en el sentido más exacto del término.

Comparten una visión *espasmódica* de los conflictos, es decir, la lucha abierta surge en el momento en que los actores sociales alcanzan un nivel insostenible de crispación. Una primera posibilidad es de tipo psicológico: lo que provoca la tensión y el posterior estallido es la *frustración de las expectativas*, esto es la divergencia entre lo que un grupo social espera y cree merecer recibir y lo que realmente obtiene. Existe un umbral indefinido a partir del cual el grupo considera que su situación es una injusticia intolerable, es entonces cuando estalla el conflicto.

Durkheim sintetizaba el proceso en dos fases²⁶:

- 1.ª Acumulación de ansiedades y frustraciones, producidas por una drástica restricción de las aspiraciones que albergaba el actor social.
- 2.ª Arranque espontáneo de ira popular.

Chalmers Johnson expone el proceso partiendo de parecidas premisas teóricas, pero añadiendo un nuevo elemento: la actitud del grupo dirigente²⁷. El proceso generador del conflicto se concretaría en cuatro grandes fases:

- 1.ª Desequilibrios sistemáticos en la sociedad.
- 2.ª Intransigencia de las élites a la hora de admitir reformas. Ello genera desequilibrios psicológicos personales que conducen al surgimiento de un movimiento subcultural.
- 3.ª Pérdida de legitimidad de las élites gobernantes.
- 4.ª Un acontecimiento fortuito desencadena la revuelta.

Aunque la teoría de la *frustración de expectativas* la encontremos citada en A. de Tocqueville o Marx²⁸, sólo ha sido llevada hasta sus últimas consecuencias en fechas recientes, cuando al concepto tradicional de que no bastaba con la existencia de una situación injusta, sino que era necesario que fuese percibida como tal por los actores sociales, se le suman las técnicas de cuantificación sociológica que parecen permitir *medir* el grado de insatisfacción o de frustración de expectativas. En principio, un conflicto, según esta teoría, surge cuando ante unas expectativas en creciente aumento se produce una coyuntura que las convierte en irrealizables. O dicho de

²⁶ DURKHEIM, E.: *Suicide*, New York, 1951, p. 253.

²⁷ JOHNSON, Ch.: *Revolutionary Change*, Boston, 1966, pp. 45-47.

²⁸ En *Trabajo asalariado y capital*, Marx y Engels decían lo siguiente: “Un alza notable de los salarios presupone un crecimiento rápido del capital productivo. El crecimiento rápido del capital productivo produce un crecimiento igualmente rápido de riqueza, lujo, necesidades sociales y comodidades. Así, aunque las comodidades de los trabajadores hayan subido, la satisfacción que dan ha caído en comparación con el estado de desarrollo de la sociedad en general. Nuestros deseos y placeres provienen de la sociedad; los medimos, por lo tanto, por la sociedad y no por los objetos mismos que los satisfacen. Y como son de naturaleza social, son relativos”, *cit.* en Giner, S., *op. cit.*, p. 212.

otro modo: usualmente existe una *distancia tolerable* entre lo esperado —objetivo del grupo social— y lo recibido —realidad social—, pero que se supera en determinados momentos concretos, es entonces cuando surge el conflicto.

El importante componente psicológico de esta interpretación del conflicto hace que con similares parámetros conceptuales los psicólogos estudien desde las desavenencias conyugales o familiares hasta las revoluciones, basta consultar cualquier manual de psicología para comprobarlo²⁹.

El ejemplo más acabado de aplicación de estas teorías lo podemos encontrar en el sociólogo americano J. Davies y sus estudios sobre varias rebeliones y revoluciones, la Revolución Francesa y la Rusa entre ellas³⁰. Según este autor, las expectativas pueden ser de dos tipos, las económicas y las de poder y status, pero es si ambas confluyen cuando se producen las grandes sublevaciones. Explicaciones en la misma línea de psicologización del conflicto son la teoría de la *privación relativa* de T. Robert Gurr³¹ —resentimiento por no conseguir lo que se cree merecer—, la *frustración sistemática* de Feierabend³² o los *desequilibrios sistémicos* de Chalmers Johnson³³. Interpretaciones todas ellas con una clara influencia del funcionalismo americano.

La *frustración de expectativas* puede darse, evidentemente, en cualquier colectivo social, pero, sobre todo cuando éstas son de poder y status, se perciben con mayor rotundidad en los estratos intermedios de la sociedad, entre los grupos que se encuentran cercanos a la élite social y con la que aspiran a equipararse. No en vano buena parte de los conflictos y muy especialmente de las grandes revoluciones han sido liderados por lo que llamamos *clases medias*, patriado urbano y profesiones liberales hasta la época industrial o intelectuales, pequeños empresarios y trabajadores cualificados en época contemporánea.

Otra variante de las teorías volcánicas vincula el estallido de conflictos con ciclos económicos o procesos sociopolíticos que empeoran drásticamente las condiciones de vida de un grupo hasta superar el umbral de lo tolerable. Como dijo Michelet, *el hambre es el Terror*, y ello es lo que se esforzó en demostrar Labrousse con su estudio sobre las coyunturas económicas prerrevolucionarias: el alza continuada de los precios del pan, que coincide con una serie de cambios negativos en otras esferas, alcanzó su techo histórico en torno a 1789, condenando al hambre a una parte significativa de los grupos plebeyos franceses, en especial a los urbanos. Explicaciones de este tipo se han dado para explicar los motines populares del Antiguo Régimen, las revoluciones de 1830 y 1848, los levantamientos populares en la Edad Media y un buen número de conflictos sociales de todo tipo³⁴.

Evidentemente, esta explicación toma como punto de referencia fundamentalmente a los grupos plebeyos y su potencialidad es mayor cuanto más cerca del nivel de subsistencia se encuentren. En este sentido es fácil aplicarla al campesinado medieval, pongamos por caso, puesto que sabemos que vivía al borde del hambre de forma crónica o a los grupos populares del Tercer Mundo, pero muestra insuficiencias muy conocidas cuando se aplica a grupos de mayor nivel.

²⁹ Por ejemplo: MORGAN, C. T.: *Breve introducción a la psicología*, México, 1980, pp. 323-372.

³⁰ Sus teorías pueden verse en "Toward a Theory of Revolution", en *American Sociology Review*, 1962, vol. 27, n.º 1; y "The J-Curve of rising and declining satisfactions as a cause of some great revolutions and the contained rebellion", en GRAHAM y GURR, *Violence in America*.

³¹ GURR, T. R.: *Why the Men Rebel*, Princeton, 1970, p. 24.

³² FEIERABEND y NESVOLD: *Social Change and Political Violence*, pp. 681-683.

³³ JOHNSON, Ch.: *Revolutionary change*, Boston, 1966, p. 81.

³⁴ Críticas a esta interpretación espasmódica con base económica pueden verse en THOMPSON, E. P.: "La economía moral de la multitud", en *Tradicón, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, 1989.

4. LAS NUEVAS TEORÍAS DEL CONFLICTO SOCIAL

El conjunto de propuestas teóricas a las que vamos a hacer referencia se han fraguado desde mediados de los años 60, cuando se publican algunas de las obras más emblemáticas, pero es sobre todo en la segunda mitad de los 70 cuando se observa su éxito al menos entre politólogos y sociólogos³⁵.

Una de sus características más evidentes es que han surgido de la confluencia de investigadores de la más variada procedencia: economistas, especialistas en sociología histórica, en sociología comparada, en ciencias políticas, en antropología, en psicología y en historia, siendo ciertamente esta última disciplina la que más tarde y con mayores recelos ha incluido estas propuestas entre sus repertorios teóricos.

En términos históricos, se fraguan como un intento de dar una respuesta científica a la oleada de movimientos sociales novedosos –los llamados “Nuevos movimientos sociales”– que agitaron Europa y los Estados Unidos desde los años 60 y para los que las explicaciones tradicionales del marxismo y el funcionalismo no parecían satisfactorias.

Enorme trascendencia tuvieron dos autores: el primero el economista Mancur Olson³⁶ y su aplicación de la teoría de juegos al movimiento social, que alumbraría la llamada *teoría de la elección racional*; el segundo fue Charles Tilly³⁷, un especialista en sociología histórica, que desarrolló y aplicó la teoría de la *movilización de recursos* y de las *oportunidades políticas*, que rápidamente impregnarían la producción de la sociología norteamericana, fundamentalmente.

La teoría de Mancur Olson tomó como punto empírico de referencia a los grupos económicos norteamericanos –desde los sindicatos hasta los grupos de presión, pero especialmente estos últimos–, tratando de responder a las preguntas claves de la historia del conflicto social: ¿Por qué surgen los conflictos? ¿Por qué la gente se suma a un movimiento? ¿Cuál es la dinámica de la movilización?

Olson partía del individuo para desarrollar su teoría y llegaba también a él para concluir: un individuo se suma a un movimiento por una *elección racional* basada en criterios de coste/beneficios, es decir, porque tiene expectativas fundadas de que ello le va a aportar beneficios objetivos –haciendo referencia, básicamente, a los económicos– y le supondrá riesgos o costes asumibles. Se establecía evidentemente un dilema, una contradicción, entre maximalismo –del que dependerían las elecciones racionales de los individuos– y altruismo o beneficio colectivo –que estará representado por los objetivos programáticos de las organizaciones³⁸–.

Olson consideraba que solamente las élites dirigentes de los movimientos –al modo de la *vanguardia revolucionaria* de Lenin– eran capaces de actuar con criterios no maximalistas, y surgía entonces otra paradoja: ¿Si esto era así, cómo podían, tal cual se percibía en la práctica, movilizar a la gente?

³⁵ En castellano pueden conocerse estas teorías en las siguientes obras: AYA, R.: “Reconsideración de las teorías de la revolución”, en *Zona Abierta*; TARROW, S.: *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, 1997; MCADAM, D.; MCCARTHY, J. D. y ZALD, M. N. (eds.): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, 1999; ÁLVAREZ JUNCO, J.: “Aportaciones recientes de las ciencias sociales al estudio de los movimientos sociales”, en BARROS, C. (ed.): *Historia a debate*, Santiago, 1995, pp. 97-111; y PÉREZ LEDESMA, M.: “Cuando lleguen los días de cólera. Movimientos sociales, teoría e historia”, en *Zona abierta*, 69, 1994, pp. 51-120.

³⁶ La obra fundamental fue *The Logic of Collective Action*, Cambridge, 1965. Un resumen en castellano puede verse en OLSON, M.: *Auge y decadencia de las naciones*, Barcelona, 1986, pp. 32-55, cap. II.

³⁷ Véase, en inglés, TILLY, Ch.: *From Mobilization to Revolution*, Reading, 1978; y en castellano *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, Barcelona, 1995.

³⁸ Sobre el dilema altruismo-maximalismo, es decir, la contradicción entre obtener un pequeño bien para todos –para toda la sociedad o para todo el grupo movilizado– o un gran bien para uno mismo que se establece a escala individual y que es uno de los ejes teóricos de la *teoría de juegos*, puede verse en HARDIN, R.: *Collective Action*, Baltimore, 1982.

La respuesta a este dilema se solucionaba con el concepto de *incentivos selectivos*, es decir, toda una serie de compensaciones y, en su caso, coacciones, a los miembros del grupo para garantizar la cohesión. Sin embargo, siempre según Olson, los grandes movimientos –partidos políticos, sindicatos, etc.– tienden a mostrarse, al menos a largo plazo, incapaces de evitar que los beneficios obtenidos por el movimiento se repartan entre amplios colectivos sociales no movilizados en igual medida que entre los militantes comprometidos. Un ejemplo clásico sería un sindicato, cuyos militantes, tras un largo periodo de lucha y asumiendo altos costes personales, obtienen un mejora salarial. Pues bien, de dicha mejora disfrutarán no sólo los militantes, sino también todos los trabajadores del sector que no se había comprometido con el movimiento.

Este hecho provocará diversos procesos en la movilización:

- 1.- Procesos de disgregación de las grandes organizaciones en grupos más pequeños, que exigen una participación y una militancia intensas, pero son más eficaces para lograr objetivos concretos y hacer un reparto selectivo de los beneficios obtenidos, como puede suceder, por ejemplo, con la disgregación de los grandes sindicatos en organizaciones sindicales de carácter corporativo.
- 2.- Tendencia de las grandes organizaciones, ya lo decíamos antes, a imponer sistemas de coacción y recompensas con los que mantener integrado al grupo y lograr su movilización, es lo que llamábamos *incentivos selectivos*. Paralelamente, el reforzamiento de la autoridad jerárquica de las élites del movimiento.
- 3.- Ante la percepción de que la movilización resulta poco ventajosa, actitudes individualistas entre los grupos desposeídos y sin capacidad para organizarse en movimientos más pequeños o actitudes maximalistas entre grupos bien situados y con recursos.

Los planteamientos de M. Olson son uno de los fundamentos de la llamada *teoría de la movilización de recursos*, que se gestó, entre otros ámbitos, con las obras de J. D. McCarthy y M.N. Zald³⁹, dos sociólogos americanos. Sin dejar el enfoque racionalista de Olson, esta teoría considerará como el eje central del movimiento social a las organizaciones que generan los movimientos, es decir, que la existencia y el desarrollo de una movilización dependerá de la capacidad organizativa del grupo y, en última instancia, de la profesionalización de sus cuadros, la estabilidad de sus organizaciones, los recursos disponibles y la eficacia estratégica de sus acciones colectivas. Formas organizativas, recursos disponibles y repertorios tácticos conformarán, para los partidarios de esta teoría, la explicación del surgimiento, éxito y declive de un movimiento.

Pero probablemente fue Charles Tilly quien, en los años 70, procedería a elaborar las más sugerentes síntesis y aplicaciones de estas teorías en el campo de la sociología histórica, rompiendo así su circunscripción, hasta ese momento, a los estudios de los movimientos sociales del mundo actual. Introducirá el concepto de *oportunidades políticas*, es decir, que el surgimiento del un movimiento se encuentra condicionado por los signos de debilidad que muestren las autoridades o élites dirigientes, ya sea por existir divisiones internas o porque se les presuponga una actitud favorable a los objetivos del grupo movilizado⁴⁰.

³⁹ Véase MCCARTHY, J. D. y ZALD, M. N.: *The Trend of Social Movements in America: Professionalization and Resource Mobilization*, Morristown, 1973; MCCARTHY, J. D. y ZALD, M. N. (eds.): *The dynamics of social movements*, Cambridge, 1979; MCCARTHY, J. D. y ZALD, M. N. (eds.): *Social movements in an Organizational Society*, New Brunswick, 1987.

⁴⁰ El concepto fue acuñado por EISINGER, P.: "The Conditions of Protest Behavior in American Cities", en *American Political Science Review*, 67, 1973, pp. 11-28.

La introducción de este concepto desplazará el centro de atención para el estudio del conflicto social desde la base socioeconómica hasta el mundo de la interacción política, de la lucha por el poder, de la que los grupos movilizados formarían o tratarían de formar parte.

Ya con el aparato conceptual construido, en los años 80 otros autores desarrollarán los planteamientos iniciales con interesantísimos estudios sobre los ciclos de la conflictividad social y su vinculación con los procesos político-culturales⁴¹ y sobre las *microestructuras de movilización*, esto es, las redes cotidianas de sociabilidad y las organizaciones preexistentes⁴² al movimiento como cauces desde donde iniciar la movilización y buscar identidades colectivas. También sobre la importancia de encontrar entornos sociales favorables al movimiento⁴³, de la existencia de tradiciones organizativas y de sociabilidad de las que tomar repertorios tácticos de acción colectiva⁴⁴ o de las llamadas *redes de movimientos*, grupos institucionalmente independientes, pero que confluyen en una misma movilización⁴⁵.

Las propuestas que hemos repasado someramente han revolucionado el concepto tradicional de conflicto social, pero pese al tiempo transcurrido desde sus primeras formulaciones presentan algunos problemas serios⁴⁶:

- 1.- El acusado presentismo de sus referencias empíricas, dado que se han construido tomando en consideración los movimientos sociales de este siglo, en menor medida del XIX y muy ocasionalmente del XVIII. No extrañará, por tanto, que Sidney Tarrow⁴⁷ llegue a decir que la movilización social es un fenómeno que surgió en el siglo XVIII y que anteriormente sólo existieron *acciones colectivas*.
- 2.- Redundando en este problema de enfoque, se percibe una perspectiva geográficamente muy limitada, circunscrita básicamente a Europa Occidental y los Estados Unidos, con muy escasas aportaciones exteriores a este territorio.
- 3.- El mundo de la cultura y la ideología, que ha de estar presente en cualquier análisis del conflicto, apenas fue tomado en consideración en los primeros momentos, percibiéndose ciertas incongruencias cuando en los últimos años se ha intentado introducir en el modelo interpretativo clásico.
- 4.- Se percibe cierta confusión y dispersión entre los diversos planteamientos teóricos y prácticas investigadores, que llega incluso a crear problemas terminológicos serios, haciéndose necesario algún tipo de reformulación sintetizadora y de coordinación entre prácticas de investigación⁴⁸.

⁴¹ Véase Tarrow, S.: *Struggling to Reform: Social Movements and Policy Change During Cycles of Protest*, Ithaca, 1983; y Traugott, M. (ed.): *Repertoires and Cycles of Collective Action*, Durham, 1995.

⁴² Véase McAdam, D.: *The Political Process and the Development of Black Insurgency*, Chicago, 1982; Evans, S.: *Personal politics*, New York, 1980; Morris, A.: *The Origins of the Civil Rights Movements. Black Communities Organizing for Change*, Nueva York, 1981; Gould, R.: "Multiple Networks and mobilization in the Paris Commune, 1871", en *American Sociological Review*, 56, 1991, pp. 716-729.

⁴³ Véase Gamson, W. y otros: *Encounter with Injust Authority*, Homewood, 1982.

⁴⁴ Véase Kertzer, D.: *Ritual, Politics and Power*, Londres, 1988; Agulhom, M.: *The Republic in the village*, Cambridge, 1982; y Margadant, T.: *French Peasants in Revolt. The Insurrection of 1851*, Princeton, 1979.

⁴⁵ Véase Melucci, A.: *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Filadelfia, 1989.

⁴⁶ Un repaso crítico —más bien autocrítico— puede verse en la introducción de los editores a McAdam, D.; McCarthy, J. D. y Zald, M. N.: *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, 1999.

⁴⁷ Cfr., Tarrow, S.: *El poder...*, op. cit., p. 6.

⁴⁸ Por otro lado, la participación española ha sido más que discreta, pese a los esfuerzos divulgadores de Pérez Ledesma y Álvarez Junco, entre otros.

El problema de la ideología y la cultura, minusvalorado y apenas tomado en consideración por los partidarios de la teoría de la movilización de recursos, se gesta básicamente en Europa y de un modo ciertamente desorganizado⁴⁹. Se basa, por un lado, en la certeza de que los cálculos racionales de coste/beneficio que fundamentan la teoría de la movilización de recursos no explican la configuración de un grupo de protesta, sino que son necesarios los valores compartidos y las solidaridades en el seno del grupo. Por el otro, la conformación de la *identidad colectiva* del grupo es un proceso en construcción, previo incluso a la movilización, puesto que se basa en las creencias previas del grupo y en sus redes de sociabilidad preexistentes.

Según esta teoría, los sistemas cognitivos previos y las redes sumergidas son *activados* por minorías politizadas, por élites encuadradas en movimientos organizados –partidos, sindicatos, etc.– o líderes, logrando así la movilización, la adscripción al movimiento de amplios segmentos sociales. Durante el proceso de movilización, se irán configurando marcos interpretativos de la realidad propios del movimiento y se afianzarán las solidaridades internas.

Durante los últimos años se ha intentado hacer confluír ambas teorías, hablándose de *movilización del consenso*⁵⁰ o de *marcos ideológico-culturales*⁵¹, que serían el conjunto de ideas, tradiciones, discursos políticos, lenguajes, actitudes mentales, símbolos, ritos, mitos y valores que permiten al grupo movilizado elaborar discursos críticos, es decir, interpretar las circunstancias políticas en tono contencioso y autoidentificarse como grupo. Serían pues *recursos intelectuales* de la movilización, que median entre la oportunidad política y el proceso de movilización, de organización de la protesta.

Probablemente, la aportación más trascendente de estas teorías sea que, frente a la tradicional dependencia de las explicaciones del conflicto con respecto a las condiciones ideológicas, institucionales o socioeconómicas, ahora es el proceso de la lucha social el que explica por sí mismo las líneas maestras de su desarrollo⁵². Es decir, que un movimiento social ha de ser interpretado en primera instancia desde la propia dinámica que él genera; la cual puede ser conceptualizada y de hecho lo ha sido ya tiempo⁵³.

Según estos principios teóricos, el marco intelectual del conflicto social, es decir, las *ideas previas* que consideremos que poseían los participantes en el movimiento, ya sean actitudes mentales, ideologías o la percepción general de la realidad que tuviesen, pasan a estar mediatizados por tres criterios racionalistas, generados en buena medida por la propia dinámica del conflicto social: las *estrategias* que con una finalidad utilitaria se plantean los grupos enfrentados, las *expectativas* racionales que se van teniendo durante el desarrollo de la movilización y las oportunidades que ofrezca el marco político-institucional existente.

Las ideologías que justifican intelectualmente una rebelión –entendamos este concepto de forma amplia– son principios teóricos que antes del conflicto suelen ser poco conocidos por las masas, están planteados en términos confusos e incluso contradictorios y suelen

⁴⁹ Para esta teoría véase MELUCCI, A.: "Getting Involved: Identity and Mobilization in Social Movements", en KLANDERMANS, B. y OTROS (eds.): *From Structure to Action: Comparing Social Movements Across Cultures*, Greenwich, 1988, pp. 329-348; GAMSON, W.: "The social psychology of collective action", en MORRIS, A. D. y MUELLER, C. M. (eds.): *Frontiers in the Social Movement Theory*, Yale, 1992, pp. 53-76; CRUZ, R. y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, 1997; y LARAÑA, E. y GUSFIELD, J. (eds.): *Los nuevos movimientos sociales*, Madrid, 1994.

⁵⁰ El término procede de KLANDERMANS, B. y TARROW, S.: "Mobilization into Social Movements: Synthesizing European and American Approaches", en *International Social Movements Research*, I, 1988, pp. 1-38.

⁵¹ El término lo tomo de MCADAM, D. y OTROS: *Movimientos sociales...*, op. cit.

⁵² Véase SMELSER, N. J.: *Theory of Collective Behavior*, Nueva York, 1963; LOFLAND, J.: *Protest: Studies of Collective Behavior and Social Movements*, New Brunswick, 1985; MCPHAIL, C.: *The Myth of the Madding Crowd*, Nueva York, 1992.

⁵³ Un modelo interpretativo tradicional puede verse en BRINTON, C.: *Anatomía de la revolución*, México, 1985.

resultar, si no han sido aprovechados por un grupo en lucha, políticamente inocuos. Su papel subversivo sólo es políticamente activo cuando un conflicto social las desarrolla, concreta y radicaliza.

Las *actitudes mentales* o *mentalidades colectivas*, a menudo vinculadas con una especie de *estructura cultural* o intelectual que como tal presenta un alto grado de permanencia por encima de las contingencias del corto y medio plazo, podría pensarse que no son apenas alteradas por los movimientos sociales o incluso que los condicionan de forma más o menos definitiva. Sin embargo, cuando se reconstruye la evolución de componentes tan característicos como las actitudes religiosas, el concepto de familia, las formas de sociabilidad, la sexualidad, la escala de valores, la moralidad, etc., se descubre que los conflictos sociales –dependiendo evidentemente de su duración y radicalidad– alteran también las mentalidades, relajan el aparato normativo preexistente gestándose entonces actitudes intelectuales y comportamientos sociales inconcebibles antes del movimiento⁵⁴.

Una referencia que tradicionalmente se ha utilizado para objetivar los motivos que explicaban el surgimiento de cualquier protesta social y el desarrollo de los conflictos era la *percepción de la realidad* que tenía el grupo rebelde y su oponente, es decir, las realidades objetivas injustas o desfavorables contra las que el grupo actúa, puesto que ambas percepciones solían ser equiparadas.

Siguiendo una lógica causal de una simpleza extraordinaria, una situación injusta o desfavorable era percibida como tal por el grupo víctima de la misma hasta que, alcanzado determinado nivel de tolerancia, se generaba una situación de crispación social y surgían las protestas. Algo debe fallarle a esta simpleza cuando resulta obvio que la inmensa mayoría de las situaciones objetivamente injustas no provocan conflictos e incluso son interpretadas de forma positiva por sus supuestas víctimas. Pero lo importante ahora no es esto, sino el hecho de que es el conflicto social el que induce una determinada forma de percibir los problemas de la realidad en clave de crispación y crítica: radicaliza posturas políticas o éticas; señala culpables; pone de manifiesto los problemas o incluso los agrava; propicia interpretaciones maximalistas de los objetivos; y, en general, cuestiona todo el orden vigente y su percepción social, de tal manera que, de improviso, la gente descubre un rostro diferente del mundo que le rodea.

Las explicaciones tradicionales acerca del origen de la conflictividad social han tendido a considerar a las estructuras y a las coyunturas socioeconómicas como un factor esencial. De este modo, incluso grandes revoluciones políticas –la Revolución Francesa o las revoluciones de 1830 y 1848, por ejemplo– eran explicadas con gráficos que señalaban ciclos económicos, precios del pan, evolución de la producción, reparto de la propiedad, evolución del desempleo, etc.

La explicación socioeconómica implica una concatenación causal, no exenta de cierto grado de automatismo, entre estructuras sociales y económicas que generan determinados problemas generales, coyunturas que los agudizan y grupos sociales que se conforman y actúan movidos por dichos referentes.

Las teorías del conflicto social que exponemos ahora no aceptan semejante automatismo. Las condiciones sociales y económicas no son los *motivos* de los conflictos, sino simples factores que condicionan los recursos disponibles por los actores del conflicto y las expectativas que albergan los grupos e individuos, es decir, contribuyendo a generar oportunidades políticas y recursos para la movilización.

La primera función de las condiciones socioeconómicas es, por tanto, explicar cuál es el reparto de los recursos con los que cada actor social va a posicionarse en el seno de la comunidad. Como principio general se admite que es indispensable disponer de un mínimo de recursos, los grupos

⁵⁴ Es interesante leer en este sentido, aunque no coincidan con los planteamientos teóricos que exponemos, las obras de HILL, Ch.: *El mundo trastornado. El ideario popular extremista durante la revolución inglesa del siglo xvii*, Madrid, 1981; y VOVELLE, M.: *La mentalidad revolucionaria*, Barcelona, 1989.

marginales o aquellos que viven en el umbral de la subsistencia son víctimas fáciles de acallar desde el poder; grupos entre los que predominan actitudes fatalistas e individualistas y con unas expectativas de mejora tan humildes que difícilmente conducirán a comportamientos conflictivos graves. También se sabe que la conflictividad tiende a ser más intensa entre grupos intermedios o incluso entre los que ocupan estratos elevados dentro de la comunidad.

Otra función de las estructuras socioeconómicas en el surgimiento y desarrollo de los movimientos sociales se relaciona con la configuración de las expectativas de cada grupo e individuo. Por lo que sabemos, lo que realmente genera conflictos graves no es tanto la existencia de unas condiciones objetivas desfavorables, sino la frustración de determinadas previsiones racionales de mejora o de mantenimiento de la situación previa.

Esta idea, entendida de una forma simplista, conlleva la introducción en la explicación de los conflictos de determinados elementos psicologizantes, irracionalistas incluso, dado que las *expectativas sociales* se basan más que en determinados referentes positivos, en la reinterpretación mental y emotivo-vivencial que se haga de ellos. Por eso es imprescindible no perder de vista la interrelación de factores, sobre todo que esas *expectativas* son interpretadas en clave *política*, es decir, que sólo generarán conflictos cuando exista la percepción de posibilidades de éxito, de *expectativas de triunfo* ante un grupo dirigente u oponente debilitado o dividido.

Las teorías que ahora nos ocupan ponen el acento en tres elementos fundamentales: los *recursos disponibles*; las *expectativas de éxito*; y la *dinámica del desarrollo del conflicto*. Los tres han de ser interpretados bajo la premisa de que todo movimiento social es una acción racional, basada en planteamientos estratégicos interpretados en clave política.

Los *recursos disponibles* son, por así decirlo, una premisa o precondition para el inicio de cualquier lucha social. Sólo se rebela aquel que dispone —o cree disponer— de instrumentos de oposición que le garanticen cierto grado de seguridad personal y le aporten confianza racional en el éxito. Veamos someramente los más importantes:

- 1.- Cierta grado de *autonomía intelectual*, que permita al grupo disponer de un conjunto de ideas, ya sean tradiciones, ideologías, ideas religiosas, valores éticos, etc., con las que interpretar los problemas a los que se enfrenta y las expectativas colectivas de manera autónoma frente al grupo dirigente. Esta autonomía intelectual es, por un lado, una salvaguarda de la cohesión mental del grupo y, por otro, permite mantener actitudes críticas y de oposición. Los grupos totalmente alienados tienden a adoptar actitudes fatalistas o incluso a convertirse en defensores del orden establecido, por muy perjudicial que objetivamente les resulte. En el extremo opuesto, los grupos altamente ideologizados, ya sean grupos políticos militantes, sectas religiosas, etc., suelen ser capaces de mantener actitudes de resistencia permanentes y con un alto grado de radicalidad, incluso en periodos políticamente desfavorables de larga duración⁵⁵.
- 2.- Un ambiente sociopolítico con unos *niveles mínimos de tolerancia* que permita al grupo dar los primeros pasos de la movilización dentro de los cauces de la legalidad sin asumir riesgos extremos. Cuando la situación es de represión absoluta, la agitación social tiende a disminuir o incluso a desaparecer, al menos mientras que el grupo dirigente no muestre signos de debilidad o división.
- 3.- Que el grupo disponga de *capacidad organizativa*, siendo especialmente favorable que existan entidades previas al movimiento y con cierto grado de institucionalización, esto es, permanentes, sancionadas por la tradición y toleradas por el grupo dirigente. Estas

⁵⁵ En última instancia, estos grupos generarían *marcos interpretativos* propios de la realidad, *frame analysis* en la terminología original de Goffman. Véase GOFFMAN, I., *Frame Analysis. An Essay on Organization of Experience*, Nueva York, 1974.

organizaciones asumen un papel decisivo sobre todo en los primeros momentos de la movilización, asumiendo la representación del colectivo, dotándole un programa estratégico inicial y de líderes reconocidos como propios por el grupo y con el respaldo ético-legal de la organización.

- 4.- Que el grupo presente un alto grado de *cohesión interna*, bien por su pertenencia a una comunidad –una familia, una localidad, una nación, una tribu, etc.– o asociación –un sindicato, un gremio, una cofradía, un estamento, una asociación profesional, etc.– o bien por compartir determinadas ideas o experiencias vitales comunes. Es precisa la existencia de lazos de sociabilidad previos, cuanto más habituales mejor, especialmente si éstos han generado vínculos afectivos mutuos, y que el grupo se interprete a sí mismo como tal. Estos procesos promueven actitudes solidarias o, cuando menos, de corresponsabilidad, cierto grado de confianza mutua y favorecen la organización y la coincidencia de intereses y percepciones dentro del grupo, componentes claves para explicar las estructuras de *micromovilización*, a través de la cuales se captan simpatizantes y se extienden las nuevas ideas o proyectos⁵⁶.
- 5.- Por último, es preciso que se disponga de unos niveles económicos y de status político-social mínimos que garanticen cierta seguridad a los individuos, aporten instrumentos de lucha y justifiquen racionalmente determinadas expectativas de mejora.

Otra precondition es, como ya hemos adelantado, que existan *expectativas racionales de éxito* tales que el movimiento pueda ser interpretado en términos utilitarios por sus actores. Si no está extendida socialmente la certeza de que los objetivos planteados son alcanzables sin asumir riesgos excesivos, es decir, tras un cálculo racional de costes y beneficios previsibles, la movilización no sería posible.

Dicho cálculo puede verse distorsionado por factores de tipo ideológico o religioso, pero ello sólo implicaría que los referentes de coste y beneficio serían otros, por ejemplo, la salvación o el premio en la otra vida podría suponer un beneficio que justificase incluso una muerte segura, el conocido *martirio voluntario*. Sin embargo, en el grueso de los movimientos sociales el cálculo se hace en clave política y utilitaria. Los referentes a los que el grupo presta atención serán obviamente muy diversos dependiendo de sus expectativas y sus condiciones de vida, pero algunos de ellos aparecen siempre:

- 1.- Que se planteen unos *objetivos realizables* y un *diseño estratégico pragmático* para conseguirlos. Aunque pueda parecer que se trata de una *interpretación subjetiva* de la realidad, esta se basa siempre en una serie de referentes objetivos: la oportunidad política; la adaptación a la escala de valores éticos preexistentes; las experiencias previas sostenidas por la memoria histórica; etc.
- 2.- Que exista *confianza en los líderes*, no sólo que se les suponga honestidad y un compromiso sincero con el movimiento, sino que posean prestigio, aporten legitimidad y ofrezcan seguridad de éxito. En este sentido son valorados elementos como la experiencia política, el ejercicio de cargos públicos o de determinados oficios como la clerecía, la posesión de un status social elevado por razones de sangre –nobles en el Antiguo Régimen–, recursos económicos o formación intelectual.
- 3.- Que la entidad, comunidad o asociación que organiza el movimiento goce de prestigio en el seno del grupo –piénsese, por ejemplo, en el papel jugado por la iglesia en el movimiento negro pro-derechos civiles en los Estados Unidos–.

⁵⁶ Este es uno de los principales campos de investigación a los que se han aplicado los partidarios de la teoría de las “identidades colectivas”. Véase LARAÑA, E., *La construcción del movimiento social*, Madrid, 1999.

- 4.- Que se perciba *debilidad en el grupo oponente*, algo que exige una división en su seno o una actitud política ambigua o supuestamente favorable al movimiento. La división provoca que una parte de la élite se sitúe del lado del grupo rebelde, al menos momentáneamente, y la ambigüedad política le imposibilita para dar una respuesta represiva firme, amén de abrirse la posibilidad, teóricamente al menos, de influir en sus decisiones.
- 5.- Que se considere el momento como *políticamente oportuno*. Todos los referentes comentados podrían sintetizarse en la certeza de que las circunstancias son las estratégicamente adecuadas. No basta, por supuesto, con que se perciba la posibilidad estratégica de obtener éxito, es necesario que los problemas planteados exijan una solución más o menos inmediata y que esté extendido un ambiente psicosocial caracterizado por la impaciencia, la confianza en el éxito y cierto grado de crispación social.

